DISCRETO Y NUEVO ROMANCE, EN QUE SE DEclara y dá cuenta de la peregrina y trágica historia, y los notables sucesos, muertes, robos, y atrocidades que hizo un caballero, natural de la ciudad de Sevilla; refiérese como por decretos, y avisos de Dios se le apareció visiblemente la muerte, y el dichoso fin que tuvo; con todas las demás circunstancias que verán los discretos Lectores.

DE DON ALONSO DE CASTILLA.

PAdre, Hijo, Espíritu Santo,
las tres Personas divinas
de la Trinidad suprema
en esta ocasion me asistan,
el Padre me dé poder,
el Hijo sabiduría,
y el sacro Espíritu excelso
sagrada luz, que ilumina
mi rústico entendimiento,
de mi discurso sea guía
y à la Aurora soberana,
sacra estrella matutina,
María es del cielo ave,
pues es el Ave María,
me dé remontada pluma,
para que cante y escriba
estos notables sucesos,
esta historia peregrina,
que en láminas de oro y bronce
merece estar esculpida.
En la mas noble ciudad,
la mas populosa y rica,
de quien dicen las historias
de quien la fama eterniza
tantos triunfos y trofeos,
y victorias conseguidas
la mas heroyca en sus hechos,
como es la leal Sevilla,
es encanto de Medéa,
ò jardin de Falerina.
Residia un caballero,
de nobleza esclarecida,
de sangre calificada,
de muy ilustre familia,
cuyo nombre y apellido
es Don Alonso Castilla;
éste, pues, era casado,
por grande fortuna y dicha,
con una noble señora,
llamada Doña María
de Aguilar, y Bracamonte
de lo mejor de Sevilla.
El cielo les dió dos prendas,
que fue un hijo y una hija,

que los nombres de los padres
los heredan y apellidan.
Criáronlos como deben
en la obligacion debida,
dándoles buena enseñanza,
educacion, y doctrina.
La hija salió muy buena,
pero el hijo por desdicha
salió tan mal inclinado,
hasta qué mas no podia.
Llegó à tener quatro lustros
Don Alonso de Castilla,
era soberbio, y profano,
de condicion muy altiva,
que à su padre y à su madre
el respeto les perdia:
con poco temor de Dios
los ultraja y maldecia,
y à la buena de su hermana
tiranamente castiga.
En su casa era un infierno,
en pleytos, ruidos, y riñas
por el hijo ser tan malo:
su madre, Doña María
enferma cayó en la cama,
de pesadumbre moria;
ò lo que hace un mal hijo,
quando à todo mal se inclina!
Quedó en poder de su padre,
y de su hermana María;
pero este mal caballero
prosiguió en su mala vida,
entregándose à los vicios,
es peor de cada dia.
Segunda vez la atencion
al auditorio pedia;
sucedió de que una noche,
Don Alonso se salia
de casa, para ir al juego,
que en eso se divertia,
y à las doce de la noche
ya con enojo volvia,
y porque el padre y la hermana
en todo lo reprehendía,
los echaba maldiciones
con su lengua fementida.
Aquí proseguir no puedo,
sì el amparo de María
no favorece mi pluma,
à escribir tal tiranía:

al punto sacó la espada,
lleno de enojo y de ira,
le dió à su inocente padre
una tan mortal herida,
que atravesándole el pecho,
le quitò aleve la vida.
Y à su hermana, qué rigor!
con aquella espada misma,
à esta cordera inocente
la dió la muerte homicida.
Tente maldito Cain,
considera, advierte, y mira,
que Dios es Autor supremo
de la muerte y de la vida:
contra quien te ha dado el ser,
y contra tu sangre misma
cometes tal insolencia,
tal traicion y alevosía?
En fin, no tuvo remedio,
con una rabiosa ira,
à su padre y à su hermana
les dió la muerte atrevida.
Reboleándose en su sangre,
entre ansias y agonías,
pedian misericordia
à la Magestad divina:
y el infame Don Alonso,
con diligencias muy vivas,
joyas, dineros y alhajas,
quantas en la casa habia,
en una buena maleta,
los guardó con osadía.
Se puso una buena charpa,
pistolas, y caravinas,
y montando en un caballo,
de la ciudad se salia,
armado de Vandolero,
con intencion fementida,
con ánimo de robar,
quitar haciendas, y vidas.
Caminó toda la noche,
ya que Dios amanecia,
quiso ocultarse en el monte
entre unos robles y encinas.
Pagó el tributo à Morfeo,
porque al fin se lo debia,
y despues que ha dispertado
dispuso hacer su comida:
y estando comiendo, ay cielos!
válgame Dios, qué desgracia!
sin-

sintió que por el camino
una calesa venia
corriendo salió al instante,
solo por ver quién seria,
y vió que era un caballero
que camina hácia Sevilla,
solo con su calesero,
sin traher mas compañía;
y aquel cruel inhumano
disparó la caravina,
y le mató el calesero;
despues con furiosa ira,
tambien un pistoletazo
al caballero le tira:
dexó muertos à los dos,
y luego pronto acudia,
y le quitó dos mil pesos,
que en la maleta trahía.
Volvió à montar à caballo,
para adelante camina,
vió venir dos Mercaderes,
que de una feria venian,
y reparó que los dos
del camino se desvian,
se apearon de las mulas,
y allí los dos determinan.
Se sentaron à comer,
cara les fue la comida,
porque en semejantes lances,
hay un adagio que explica,
no vive mas el leal,
que lo que el traydor queria.
Él se apeó del caballo,
y con intencion maligna,
este hombre desalmado,
dos pistoletazos tira,
donde quedaron los dos
en últimas agonías,
y hasta cinco mil ducados
en oro y plata los quita,
y con estas cantidades
que robó con tiranía,
con desalmada conciencia,
fue à la ciudad de Almería
allí se estuvo de asiento,
allí campó muchos dias,
sin ley, sin Dios, ni conciencia,
sin temor de su justicia,
se entregó à todos los vicios,
y à todas vanas delicias,

y con una mala hembra,
una torpe mugercilla
se amancebó, y se entregó
al vicio de la lascivia,
teniendo en todo pecado
una relaxada vida,
y en cinta de siete meses
à la manceba tenia;
estaba muy receloso,
por máxîmas, y por cifras,
por algunos galanteos
que con otros andaria:
pero no le salió en vano,
toda su astucia y malicia,
que la muger que se entrega
à ser mundana y perdida,
no tan solo quiere à uno,
sino à quantos la querian:
la dixo una tarde à solas,
con muy fingidas caricias:
no me aguardes esta noche,
que no vengo, vida mia,
porque yo tengo que hacer
una cosa muy precisa.
En fin, se fue el cavallero,
haciendo su despedida,
y la dama maliciando
de que con otras se iria,
avisó pronta à un mancebo,
que tambien la pretendia,
por no querer dormir sola,
quiso tener compañía.
Volvió à casa Don Alonso
con su segura malicia,
con una llave maestra
todas las puertas abria,
se fue al quarto, y en la cama
vió, por cosa muy prevista,
à un galan, que está durmiendo
con su torpe mugercilla:
miren si la direccion
salió por cosa muy fixa.
O qué lance tan tremendo,
que espanta, y atemoriza!
cosidos à puñaladas
con un puñal que trahía;
y aquella infeliz muger,
como he dicho, estaba en cinta,
con un agudo cuchillo
cruel el vientre le abria,
y

y aquella pobre inocencia
fue en pedazos convertida.
Qué vívora, qué culebra,
ni qué serpiente maligna,
qué áspid, qué basilisco
tal maldad intentaria?
Tomando caballo y armas
para Granada camina,
cometiendo mil insultos,
traiciones y alevosías;
fue pasmo de horror y asombro
en su relaxada vida.
Viendo Dios sus desacatos,
suma piedad infinita,
que le costó mucho un alma,
y no quiere sea perdida,
porque por ella su sangre
fue derramada y vertida,
con formidable vision
del mal estado le avisa.
Una tenebrosa noche
de su posada salia,
y al pasar por una Iglesia,
en el atrio descubria,
que estaba allí una muger
con una luz encendida,
y cubierta con un manto,
negro el color se divisa,
le pareció à Don Alonso,
en su loca fantasía,
que seria alguna dama
de las que él apetecía;
y quitándose el sombrero,
con urbana cortesia,
la dixo aquestas palabras:
gusta usted, señ ra mia,
de venirse à mi posada,
para hacerme compañía?
Entonces se descubrió,
y vió, que le respondía:
hombre, mira lo que soy,
en este espejo te mira,
vió à sus ojos una estatua
tan seca, y tan consumida,
tan fea y desfigurada,
que esqueleto parecia,
con una corva guadaña,
y un letrero que decia:
yo soy la muerte, que à todos
convierto en polvo y ceniza,
mira, mira, pecador,
de que Dios por mí te avisa,
para que hagas penitencia
de tus culpas cometidas.
Mira que te quedan ya
muy pocos dias de vida,
y de que vió el caballero
tener la muerte à su vista,
Jesus dixo: y al instante
de allí desaparecia.
Conoció su mal estado,
y luego al siguiente dia
se fue à un sagrado convento
de la órden Carmelita,
y llamando à un Confesor,
se ha postrado de rodillas,
confesó generalmente
los pecados de su vida,
con dolor de corazon,
con la contricion tan viva,
que las lágrimas de sangre
de su corazon salian,
donde fue tanto el dolor,
y lágrimas que vertia,
que el corazon en pedazos
de dolor se le partia,
y de pura contricion
allí muerto se caía.
O qué asombroso prodigio!
qué admirable maravilla!
Vió el Confesor que su alma
con celestial melodía
dos Angeles en sus brazos
à la gloria la subian.
Esta es la historia, señores,
de Don Alonso Castilla,
que tuvo tan buena muerte,
teniendo tan mala vida,
es la buena confesion
la celestial medicina,
y la pura contricion.
llave de gloria divina,
que Dios por la contricion
à las almas purifica.
Sea su misericordia
alabada, engrandecida,
por siempre jamás, amen,
y el Romance finaliza.

Por la Hija de Agustin Laborda, vive en la Bolsería, casa número 18.